

anhelo le anunciaban su elevacion: «no me saqueis de mi iglesia, porque no soy yo capaz de sostener el peso de una dignidad tan grande.» No le dieron otra respuesta que llevarle al palacio de Letran, y sentarle en la Silla pontificia con demostraciones extraordinarias de alegría, y despues enviaron el decreto de eleccion á los emperadores Lotario y á su hijo Luis para su confirmacion; dilaciones y precauciones que no se habian observado para la consagracion del Santo Papa difunto, y que cabalmente en esta ocasion nada favorables eran al interés comun. En efecto, los mismos enviados se dejaron enredar en el cisma á favor de Anastasio, presbítero del titulo de San Marcelo, anatematizado por el Papa Leon por su obstinacion en no querer residir en su iglesia. Tambien los franceses abrazaron por algun tiempo el partido del cismático; pero el afecto inviolable de la mayor parte de los prelados y del pueblo al santo Papa Benedicto los redujo al sentimiento comun, y echaron vergonzosamente á Anastasio del palacio pontificio; despues de lo cual fué consagrado Benedicto con aplauso general de todo el mundo el domingo 29 de setiembre de 855.

En el mismo año fué el emperador Lotario á dar cuenta al Supremo Juez de todas las funestas consecuencias de su ambicion y malos procederes para con el mejor de todos los padres. Cuando se vió en tan terrible trance, se le presentaron los objetos con muy diferente aspecto de lo que le habian parecido durante su vida tumultuaria de enredos y maniobras. Se retiró al monasterio de Prum, se hizo cortar el cabello, tomó el hábito de monge, y despues repartió sus Estados. Ya su hijo mayor Luis tenia la Lombardia y el titulo de emperador, y los otros dos hijos Lotario y Carlos que le acompañaban, tuvieron, el uno la Provenza hasta las inmediaciones de Lyon, y el otro

el resto de la Francia oriental hasta la embocadura del Rhin y del Mosa, que se llamó el reino de Lorena del nombre de Lotario el jóven. Lotario I no vivió mas que seis dias despues de haber tomado el hábito religioso, y murió á 28 de setiembre de 855. En este corto espacio pareció arrepentirse sinceramente de todo lo que le acusaba su conciencia. Dichoso él si la eficacia de su tardo arrepentimiento pudo compensar la duracion!

En el pontificado de Benedicto III, Eteulfo, rey de Kent en Inglaterra, hizo el viage á Roma. Le habia educado en la piedad su preceptor San Suithun, cuya memoria honra la Iglesia. En Roma ofreció ricos presentes á San Pedro, y entre otros una corona de oro del peso de cuatro libras, é hizo públicas liberalidades al clero y al pueblo. De vuelta á Inglaterra dió por testamento trescientos marcos de oro anuales á la Iglesia romana, ciento para San Pedro, ciento para San Pablo, y ciento para las distribuciones pontificales. En el mismo tiempo hizo celebrar un Concilio en Winchester, al que asistieron con los dos arzobispos de Cantorberi y de York todos los obispos de Inglaterra y una multitud de abades. La Gran Bretaña continuaba dividida en muchos Estados, cuyos soberanos en semejantes ocasiones concurrían al bien general de la Iglesia; por lo cual Boredo, rey de Mercia, y Edmundo, rey de Estangle, con muchos señores, asistieron á este Concilio segun la costumbre que entonces seguían las naciones de Occidente. En él se mandó (1), que en adelante se adjudicase á la Iglesia la décima parte de todas las tierras para reintegrarla de los robos que así en la Inglaterra como en Francia hacían los normandos (855).

Los países bárbaros del Norte parecían que todos los dias producían ejércitos enteros, y que estos enemigos de todo el mun-

(1) Tom. 8. *Concilior.* p. 215.

do culto se reproducían, por decirlo así, de un dia para otro, despues de las pérdidas que sin cesar les causaba el odio general. En España y en Germania, como en las islas Británicas y en las Galias, hizo este terrible azote la pública desolacion por siglos enteros. No bien se habian rechazado los ataques, ó por mejor decir, saciado la codicia de una de sus armadas, cuando en el mismo campo se presentaban otras mas numerosas y avarientas; y como no habia ya con qué satisfacer á la codicia de los recién llegados, se vengaban estos con la matanza y los incendios (1).

Habiendo reconocido en su primera irrupcion en Neustria las riquezas de esta provincia, abordaron algun tiempo despues á Ruan, al mando de su duque Raignier, y se estendieron por ambas riberas del Sena subiendo hasta San German en Laya, robando lo mas precioso que habia en las casas y en las iglesias, arrastrando consigo tropas de cautivos, degollando á los demas ó colgándolos de los árboles por todo el camino que llevaban, incendiando infinitos lugares, iglesias y monasterios. Subieron hasta Paris, que con el susto general habia quedado desierto, llevándose los habitantes las reliquias de San German y Santa Genoveva. Tambien querían llevar el cuerpo de San Dionisio, pero el rey Carlos hizo punto de honor de defenderle con el monasterio que el emperador su padre le habia especialmente recomendado. Los normandos, despues de haber saciado su codicia y crueldad, enviaron á proponerle la paz, y para concluirla fué preciso darles todavia siete libras de plata. Juraron despues por lo mas sagrado que conocían no volver á los Estados del rey si este mismo no los llamaba en su socorro.

Pero otra armada de estos bárbaros llegó en el mismo año á asolar la Santonge,

(1) *Ann. Norm. Bertin. Fuld. etc.*

en donde se establecieron; y al mismo tiempo entró Rorico su rey en el Elba con seiscientas velas, desembarcó en Hamburgo en el reino de Luis el Germánico, en donde en un dia y dos noches cometieron los bárbaros todos los excesos imaginables. Hicieron tal matanza en los habitantes y pusieron fuego en tantos parages, que por mucho tiempo no fué este país mas que un triste desierto. Poco despues acometieron á la Frisia, arruinaron las iglesias, é hicieron una horrible carnicería del pueblo que en ellas se habia refugiado. Los obispos y los abades transportaron las reliquias á la abadia de San Omer que estaba bien fortificada. Volvieron los normandos hacia Dorstadt, la abrasaron, y algunos años despues se vió el emperador Lotario precisado á cederla á Rorico con otros condados, recibiendo por su vasallo. Tambien asolaron la isla de Betou ó Bitavia, esto es, la Holanda, las riberas del Rhin y del Vahal, con otros muchos países marítimos y el país de Gante, en donde abrasaron el monasterio de San Bavon. Por otra parte Godofredo, uno de sus gefes, penetró hasta la ciudad de Beauvais, la saqueó y consiguió del rey Carlos tierras para establecerse. Tambien entraron en Aquitania, pusieron sitio á Burdeos, la tomaron por traicion de los judíos, y la saquearon y abrasaron igualmente que á Melle en Poitu. Con mas felicidad les hicieron resistencia en Inglaterra, y aun los sarracenos los rechazaron en España, en donde acometieron inútilmente á Lisboa, Sevilla y Cádiz.

De Burdeos fueron á incendiar á Ruan por la segunda vez, al mando de Hoseri, é hicieron estragos en sus cercanías, durante tres meses que allí permanecieron, y redujeron á cenizas el monasterio de Fontanelle, y la abadia de San German en la diócesis de Beauvais. La campaña siguiente fueron por el rio Loira á saquear á Nantes y los lugares circunvecinos: llegaron hasta Mans,



y la tomaron. Acometieron despues á la ciudad de Tours, la que fué preservada de su furor por una repentina inundacion del Loira y del Cher; pero incendiaron á Marmoutier, en donde quitaron la vida á ciento diez y seis monges, y los veinticuatro que quedaron con el abad Heberno, apenas pudieron salvar su vida en grutas ó subterráneos desconocidos. Se habia trasladado el cuerpo de San Martin á Orleans y despues á Auxerre, en donde permaneció treinta y un años con Heberno y sus religiosos, los cuales jamás quisieron dejar tan precioso depósito, y al fin tuvieron el consuelo de volverle á Tours.

Con razon se temia dejar tan santas reliquias en Orleans, ciudad que los bárbaros saquearon sin resistencia igualmente que á Turena y sus alrededores hasta Blois. Tambien acometieron á la ciudad de Chartres, cuyo obispo, perseguido y con la espada en la cintura, se anegó en el rio de Euro, que quiso pasar á nado. En la misma irrupcion insultaron de nuevo á Paris, abrasaron á Santa Genoveva y todas las otras iglesias de la ciudad é inmediatas, á escepcion de tres, la catedral, San German de los Prados y San Dionisio, que fueron rescatadas con una suma prodigiosa de dinero (857).

Tales son las escenas de horror que

aquellos hombres, despojados de todo sentimiento humano, y tan inaccesibles á la compasion como los yelos y peñascos de donde habian salido, dieron sin descanso desde su primera irrupcion en nuestros paises civilizados, hasta la época á que hemos llegado ahora. Las continuaron todavía por mucho tiempo en las mismas provincias, y las extendieron á otras muchas, hasta mas allá del estrecho de Gibraltar, y en los paises del Ródano y de la Italia, y no cesaron de conculcar todos los derechos de la humanidad hasta que abrazaron la Religion que es la única que pudo mudar sus costumbres atroces, despues de estar habituados á ellas por tanto tiempo. Temeriamos escitar una penosa sensibilidad presentando todos los rasgos de este sombrío cuadro y fijando demasiado tiempo en él la vista de nuestros lectores. Lo que únicamente nos importaba era manifestar cuántos trabajos y dolores costó á la Iglesia conquistar este pueblo para Jesucristo, y hacer de él una de las porciones mas religiosas de la nacion en el mas cristiano de los reinos. De este modo se ve, que sin el auxilio de la fé los mejores entendimientos y las mas almas enérgicas son las mas espuestas á los mayores excesos y extravíos.

LIBRO VIGÉSIMO-SESTO.

Desde el principio del cisma de Focio en el año de 858, hasta el octavo concilio general en el de 869.

Al siglo de las tinieblas correspondia sin duda se tramase en él ese tejido de maldades, artificios y atentados que eran necesarios para separar una parte de la Iglesia del centro de su unidad; y preciso era que esta funesta catástrofe fuese preparada muy de antemano por el olvido de las máximas santas y por el abandono de todos los buenos principios; aciago fruto del abuso de las gracias, y de unos celos reprobables contra los hermanos que se mostraban mas fieles. La iglesia de Oriente que fué la primera que se formó, y conservaba siempre cierto orgullo por este derecho de primogenitura, hallábase con estas disposiciones perniciosas, en el tiempo de que vamos á hablar, no obstante de que poco antes habia dado las pruebas mas solemnes de su catolicismo en un Concilio ecuménico. Ocultábase en su seno el germen de la depravacion, y fermentaba de un modo casi imperceptible; mas para que se mostrase el mal haciendo una espantosa y funesta erupcion, bastaba una mano temeraria que levantase el apósito que le cubria.

De todas las cualidades necesarias para este objeto estaba adornado el eunuco Focio, pues era el hombre mas perspicaz y el alma mas corrompida de su siglo, el ingenio mas vasto y mejor cultivado, y sumamente emprendedor y artificioso (1). Era ilustre

no solo por su nacimiento y por el enlace de su casa con los emperadores, sino tambien por las dos grandes dignidades de caballero mayor y primer secretario; y poderoso ademas por sus riquezas, por su autoridad é influjo, y por su destreza en adquirir partidarios, en presentar como laudables sus perversos designios y en sorprender á las personas de mayor probidad. Funestos podian ser para la Religion, que habia sido siempre para él un mero juguete, los males con que la amenazaba un impío de semejante carácter; males que no dejaria de llevar á cabo por poca facilidad que hallase para ello en el poder político y coactivo, que era el único que podia hacer en él alguna impresion.

El emperador Miguel, hijo de Teófilo, tan impío como Focio, no tenia ningun sentimiento de circunspeccion y reserva; ni la menor idea de dignidad y decencia. Entregado este jóven principe á todo género de excesos como un nuevo Neron, no tenia otra ocupacion mas seria que guiar un carro en los juegos públicos. Rodeábale de continuo un tropel de infames libertinos, los que por orden suya se vestian los ornamentos pontificales en desprecio de la Religion, y ridiculizaban nuestras mas augustas ceremonias: llamaba patriarca á Grilo, que era el gefe de aquellos hombres corrompidos, y daba á los demas los nombres de los

(1) Nicet. p. 1198 etc. B. del C., tomo XVII. — IV.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo II.